

En tanto, Veracruz había sido tomada. Sin embargo, Santa Anna marchó al encuentro de los americanos, que á la vez que por Veracruz y Saltillo, expedicionaban ya por Chihuahua, Nuevo México y la Alta California. En Veracruz habían desembarcado 13.000 hombres, y con 4.000 se defendió valientemente la plaza por espacio de diez y nueve días. El 28 de Marzo quedó ajustada la capitulación, y no hubo más fuego sobre la ciudad; el 29, recibiendo el pabellón los honores de nuestras tropas y las salvas de la artillería, fué arriado en los fuertes de Veracruz y San Juan de Ulúa.

Tras la toma de Veracruz se efectuó la de Tuxpán, y hubo algunos parciales combates de fuerzas mexicanas contra columnas volantes del invasor.

A la sazón, Santa Anna había reunido sus tropas en Jalapa, y tomaba posiciones en Cerro Gordo, con objeto de detener al triunfante ejército americano, que avanzaba hacia el interior. Contaba el jefe mexicano con 9.000 hombres y 43 cañones al efecto; las fuerzas enemigas, que estaban para avistarse con las suyas, tenían un efectivo semejante.

El 11 de Abril comenzó la lucha, y los combates se sucedieron sin interrupción hasta el 18, en que las fuerzas mexicanas quedaron derrotadas.

El general Scott, en su parte oficial, aseguró que sólo perdió, entre muertos y heridos, 431 hombres; dijo que no pudo calcular las pérdidas relativas de los mexicanos, y que les hizo 3.000 prisioneros, quitándoles 43 cañones.

Ya se supondrá el efecto aterrador que en México causaría derrota tan completa. Santa Anna explicó el desastre con la mala organización del ejército, sin tomar en cuenta que á la Angostura llevó más reclutas que á Cerro Gordo; y que aunque él, como general, allí no triunfó, aquellos reclutas sí triunfaron de sus contrarios.

Nada ofrecía ya seguridades de luchar de un modo apropiado con el enemigo. El Gobierno y el Congreso contemplaron en toda su desnudez la ineptitud de aquel general de arranques momentáneos, con los cuales fascinó siempre á la gente impresionable; y en medio de la falta de fe y de esperanza de todos, nadie, no obstante, se atrevía á hablar de negociaciones de paz.

Santa Anna salvó unos 2.600 hombres; pasó con ellos por Puebla, y llegó á México, haciéndose luego cargo de la Presidencia.

Resuelta la defensa de la ciudad de México, se procedió á fortificarla, estableciendo algunos puntos avanzados en el exterior y una sola línea fortificada, que cubría el perímetro de la población.

El general Valencia, con 4.000 soldados y 22 cañones, y el general Álvarez, que del Sur había concurrido á la defensa de la capital, con 3.000 caballos, quedaron en los alrededores de México, para obrar en combinación con la guarnición, fuerte de 12.500 hombres.

El enemigo se presentaba unido, con 12.000 hombres y 30 piezas de artillería; se situaba el 11 de Agosto á la extremidad del lago de Chalco, evitaba las fortificaciones avanzadas y emprendía un largo rodeo, sosteniendo algunas escaramuzas con guerrillas de nuestra caballería; el 17 se hallaba en Tlalpam. Había ejecutado una peligrosa marcha de flanco sin ser batido.

Con aquel cambio de posición que efectuó, México quedó amagado por su parte más débil.

El general Valencia, con su división, desatendió las órdenes de la plaza, y el 19 se situó en Padierna, con objeto de batir aislado al americano, que no se hizo esperar. El combate duró toda la tarde de ese día, al final de la cual Santa Anna, con 5.000 hombres, apareció á distancia, sin entrar en acción; se reanudó la lucha al día siguiente, ya con más tropas los americanos, sin que volviera á saberse del citado Santa Anna, que había retrogradado á tomar cuarteles para pasar la noche; y como se aglomeraran sobre Valencia fuerzas inmensamente superiores, quedó derrotado por completo, pudiendo á penas escapar con dos escuadrones, que, lanza en ristre, tuvieron que abrirse paso entre el enemigo. Las rebeldías del general Valencia fueron la causa del desastre de Padierna; pero la conducta de ese jefe, al provocar una lucha desigual en alto grado, no disculpa á Santa Anna, que pudo protegerlo con toda oportunidad cuando el enemigo no había unido sus fuerzas todavía.

El puente y convento de Churubusco quedaron flanqueados desde que de Padierna tomaron los ame-

ricanos sin obstáculo el camino de la capital; pues que Santa Anna, que aun estaba en las afueras, se replegó, habiendo tenido que luchar sus últimas fuerzas con las del enemigo, que sin pérdida de tiempo se lanzó sobre la hacienda de los Portales, y luego sobre el puente de Churubusco, que tomó. Quedó aislado entonces el convento, con sólo 1.200 defensores y 6 cañones; y se sostuvo dos horas en medio de numerosas fuerzas enemigas, en espera de refuerzos que no llegaron. El parque se agotó, dejó de hacerse fuego; y como avanzaran entonces 6.000 hombres sobre las brechas abiertas por la artillería, se les recibió con la bayoneta armada. Ante actitud semejante, los asaltantes levantaron bandera de paz, para que el punto se rindiera sin necesidad de un asalto insostenible. Ocupóse la posición, donde había 136 muertos y 99 heridos; el resto, sin un solo cartucho, quedó allí prisionero. Así terminó el 20 de Agosto de 1847.

El grueso de las fuerzas americanas batía en detalle á las nuestras. Siempre se encontró con el valor de nuestros soldados y jefes subalternos; siempre con la ineptitud de los superiores.

Los americanos, en dos días de combate, habían perdido entre muertos y heridos, según sus partes, 1.056 hombres. Los mexicanos dejaron en su poder 3.000 prisioneros, y sufrieron una pérdida semejante á ellos entre muertos y heridos, y 1.200 que se desbandaron. Así es que tal baja, de unos 5.200 hombres, era más de la cuarta parte de la fuerza disponible.

A petición de los sitiadores se abrió un armisticio, que quedó formalizado el 24, y se rompió el día 7 de Septiembre. Se habló en los días del armisticio de proposiciones de paz, y las negociaciones relativas quedaron pendientes. Trist, enviado del Gobierno de Washington para tales asuntos, no desesperó.

Hallándose el cuartel general del enemigo en Tacubaya, Santa Anna estableció una poderosa línea de batalla entre Molino del Rey y Casa Mata, apoyando la izquierda en el primer punto y la derecha en el segundo, sirviendo de respeto, á retaguardia, el bosque de Chapultepec, donde quedó situada la reserva. En cuanto al general Álvarez, recibió orden de moverse de la hacienda de Morales, sobre el flanco ó retaguardia del enemigo, en los momentos en que estuviera éste más comprometido.

Todos aplaudieron el que con un número competente de tropas se presentara batalla frente á frente al ejército invasor; pero después de aquella maniobra, Santa Anna se retiró por la tarde con el mayor número de fuerzas, dejando en los tres puntos que hemos mencionado escasos destacamentos, cuyo total no llegaba á 4.000 hombres. Se dijo que el general en jefe temía un ataque sobre el rumbo á que dirigía sus columnas.

Tan precipitada fué la retirada, que tres cañones que ocupaban el intermedio de Molino del Rey á Casa Mata quedaron sin sostenes.

Al día siguiente, 8 de Septiembre, á las tres de la madrugada, el general Worth, con 3.500 infantes, 300 dragones y 12 cañones, marcha sobre el Molino del Rey y Casa Mata. Edificios de piedra ambos, tenían defensas exteriores, formadas en las bardas que los circundaban. Las tres piezas de artillería que se encontraban en el intermedio de aquellos edificios, hicieron fuego, y bien pronto quedaron en poder del enemigo, que acabó con sus artilleros.

El coronel Manuel María Echeagaray, con un batallón, se colocó en el espacio que separa los dos lugares mencionados; Rosas Landa lo auxilia, y el coronel Balderas apoya su flanco, quedando este último atravesado por las balas enemigas. Los americanos retroceden, y siendo reforzados vuelven á la carga y se apoderan del Molino. En semejantes condiciones, Echeagaray se ve en el caso de retroceder hacia México.

El coronel Mc Intosh, que estaba á su frente, contribuyó entonces al ataque de Casa Mata; pero es dos veces herido, y muerto su segundo el teniente coronel Scott, por lo que el avance se suspendió hasta que la artillería americana, desde el mismo Molino y otras partes, prepara un nuevo asalto, que se repite, sobre la citada casa, que sucumbe al fin.

El denodado general León había muerto en Molino del Rey, y el general Pérez, que ocupaba la Casa Mata, por unos sembrados de maíz ejecutó su retirada rumbo á la ciudad.

El enemigo, según el parte de Worth, perdió en la jornada de ese día 9 oficiales muertos y 47 heri-

dos; 729 de tropa muertos y heridos y 46 dispersos, cuyo total de 831 hombres era casi la quinta parte de su fuerza en acción. Ningún otro hecho de armas había producido al enemigo pérdidas semejantes.

Cuando el combate había terminado, se avistó una tropa mexicana de reserva, que retrocedió luego.

Del 9 al 11, el general Scott mandó que se establecieran baterías contra Chapultepec, las que rompieron sus fuegos el 12.

El castillo de Chapultepec, que de castillo no tiene más que el nombre, es un gran edificio construido sobre el cerro que se encuentra en el centro del bosque de que toma su denominación, cuyo bosque, de grandes alhuetes, está circundado por tapia de piedra. Aspillerada la tapia, con trincheras en las entradas y con baterías en lo alto, el pequeño cerro de Chapultepec contaba para su defensa con 832 hombres, mandados por el general D. Nicolás Bravo. Los cañones que existían allí eran siete.

El general Alvarez, por orden superior, con la columna de caballería había entrado en la ciudad de México.

Pero volvamos á Chapultepec. Los generales Pillow y Quitman, con una fuerte columna cada uno, quedaron preparados para el asalto desde por la mañana, sirviéndoles el general Worth de reserva en Tacubaya. Todo el día 12 jugó la artillería sobre la posición mexicana, que contestaba con sus pocos cañones á los numerosos del enemigo.

En la noche del día 12, Santa Anna, con tropas, se acercó al bosque, y se puso al habla con el general Bravo, ofreciéndole que oportunamente recibiría auxilios. Al amanecer del 13, los defensores de Chapultepec no vieron en su derredor más que tropas enemigas, y ni un solo batallón que pudiera venir á reforzarlos. La artillería prosiguió su terrible duelo, y rotas las tapias que circundaban el bosque, en diversas partes, y destrozado el edificio principal por los proyectiles del cañón, se previno á las columnas asaltantes que á cierta señal se lanzaran al objetivo, lo cual verificaron próximamente á las ocho de la mañana. En esos momentos apareció en la falda del cerro el batallón de Auxiliares de San Blas, mandado por el valiente teniente coronel Xicotencalt, que de México llegaba, y cuyo jefe, batiéndose, pereció allí con la mitad de su fuerza.

El lado occidental del cerro presentaba más facilidades para el acceso, y por allí lo verificó la columna de Pillow, en tanto que la otra lo verificaba por el Sudoeste. El general Pillow recibió una grave herida, pero no por eso cesó el avance de sus fuerzas. Al fin llegaron los asaltantes á los parapetos que rodeaban lo que se llama castillo de Chapultepec; y las bayonetas y los fusiles, según la gráfica expresión de los generales americanos, se cruzaron con furia sobre ellos. El número agobió á los que tras los parapetos se hallaban, una vez salvados éstos; y entonces, por aspilleras, ventanas y balcones, salió el fuego del interior del edificio.

Á todos los combates parciales habían concurrido los jóvenes alumnos del Colegio Militar, que se distinguieron por su entusiasmo; y asistían á la postrimer defensa, que ya sin esperanza de triunfar se hacia.

Las tropas de Pillow, las de Quitman, y un refuerzo de voluntarios que mandó avanzar el general Worth, se unieron en un supremo esfuerzo y se hicieron dueños del castillo de Chapultepec, sobre el cual los regimientos americanos plantaron sus banderas. Quinientos cincuenta prisioneros mexicanos quedaron en su poder, entre los cuales estaban el general jefe del punto y 10 coroneles. En cuanto á los alumnos del Colegio, habían muerto seis, siendo heridos cuatro; y estos últimos y 37 más se contaban entre los apasionados. Muchos de esos adolescentes, que no jóvenes todavía, aceptaron heroicamente el sacrificio por la patria.

Santa Anna, con batallones de reserva, se avistó en las inmediaciones del bosque, cuando el castillo era tomado, y se retiró. Después, los americanos se apoderan de las garitas de Belem y San Cosme, y amagan la Ciudadela. Llega la noche, y las fuerzas de la guarnición de México se retiran ocultamente á la villa de Guadalupe, sin que el enemigo lo hubiera advertido, evacuando así la capital. El Ayuntamiento, con objeto de que se dictaran medidas de orden, dió aviso al cuartel general americano de la desocupación de la plaza, en la madrugada del día 14.

Á Quitman fué á quien primero tocó avanzar al centro de la ciudad, y establecer el pabellón de las estrellas sobre nuestro Palacio Nacional.

Algunos voluntarios americanos dieron principio al saqueo, y Quitman procuró contenerlos, lográndolo en parte, cuando otras fuerzas con el general Worth, al toque de tambores y cometas, orgullosas penetraban en la capital. La gente del pueblo, con hosco semblante, contemplaba el alarde de los vencedores, que lanzaban hurras á su bandera que se erguía, y formaban grupos más y más compactos, que lo mismo podían parecer de curiosos que de enemigos. La indignación estalló al fin en aquellas almas ultrajadas, caldeadas por la vergüenza de las derrotas; un tiro sonó, sin saberse dónde, y á ese siguieron otros y otros, que se dirigían sobre los soldados victoriosos.

Algunos hombres de la guardia nacional, que se había disuelto por orden expresa, antes de retirarse el ejército; otros que tomaban de sus casas sus carabinas ó pistolas, todos se armaron con lo que hallaban á la mano, y los que menos arrojaban piedras contra la tropa americana. Se ocuparon azoteas y torres por aquellos grupos, que exaltados por el dolor, al ver la humillación de la patria, sin dirección alguna se reunían, obedeciendo sólo á impulsos internos, que los congregaban contra el enemigo común. No se sabe que alguien encabezara aquel motín, y sin embargo la lucha llegó á revestir carácter alarmante.

Scott, que había llegado á Palacio, dispuso que columnas con artillería salieran por las calles é hicieran fuego sobre todos los hostiles, y el cañón por tres horas ensordeció los aires. En semejante situación llegó la noche, y las armas de fuego enmudecieron, para volver con las primeras luces del día 15 á oírse detonar por todos los ámbitos de la ciudad.

Muchos soldados americanos, con pretexto de perseguir en las casas á los que hacían fuego desde las azoteas, cometieron robos y otras violencias indecibles.

¡Qué triste situación la de nuestra capital, abandonada por sus vencidos defensores, presa del espanto producido por el motín, abatida, humillada, mancillada por las tropas invasoras!

El Ayuntamiento nombró comisiones que exhortasen á los grupos populares á que se pusieran en paz, para evitar más desgracias á la ciudad; y éstos comenzaron á aplacarse el día 15, á la mitad del cual había concluído aquella revuelta, que dejó tendidos algunos centenares más de cadáveres sobre nuestra triste capital, y muchos más charcos de sangre, que elocuentemente decían, sin hablar, que no faltaba patriotismo en el pueblo mexicano.

El ejército americano, que salió de Puebla con 12.000 soldados, había perdido en los combates que libró en el Valle de México, entre muertos y heridos, 2.700 hombres, según su jefe lo expuso en su parte correspondiente, diciendo que el ejército mexicano debió haber tenido entre muertos y heridos también,



Rurales de la época actual